

levantar las manos como los paganos, sino que las extendemos en recuerdo de la Pasión del Señor».

Mas, de pronto, las manos han caído sobre el pecho y las miradas se han concentrado sobre el altar. Las varias partículas que sobre el altar reposaban y que habían venido de la Misa del día anterior y de las Misas de otras iglesias, acaban de confundirse dentro del cáliz. La Misa que se está celebrando se une así a la de la víspera y a la de otros lugares; del ara en que se rompe el Pan sagrado van a partir en todas direcciones las partículas destinadas a las iglesias hermanas; sobre el ara está la que ha de unir la Misa de mañana a la Misa de hoy; y del ara sale el beso de paz, el abrazo de Cristo, que de fila en fila va pasando a través de todos los asistentes y los ata con un nudo de fraternidad, mientras que sus voces se confunden en una plegaria conmovedora. «¡Oh escena sublime!», exclama un piadoso comentarista. ¡Inventación genial sacada de la más sencilla de las acciones, como es el partir un poco de pan; expresión grandiosa de la cosa más hermosa que existe: la paz, la unión! «La Misa de ayer penetra en la de hoy; la de hoy será continuada indefinidamente en el mañana; la que aquí se ofrece únese a las que se dicen en otras partes de la tierra; éstas tienen una íntima relación con la que se está celebrando; y cada una de ellas, unida con la Misa del cenáculo, recogiendo la virtud del sacrificio de la cruz, estrecha con la mayor intimidad en un fuerte abrazo al pontífice, a los sacerdotes, a los ministros, a los fieles, a todo el pueblo de Cristo.» «¡Oh sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh vínculo de caridad!», exclamaba San Agustín, pensando en este santo, único y perpetuo sacrificio del cristianismo.

CRISTO MEDIADOR

Todo parece dispuesto, pero el fervor no se sacia todavía; quiere avivar más los deseos y

descubre nuevas oraciones. Hay cristianos que antes de acercarse a comulgar repiten ávidamente las que han encontrado en sus devocionarios, olvidando que en ninguna parte podrán encontrarlas tan a propósito para este momento como las que señala el misal. Son tres, recogidas por la Iglesia entre otras muchas, que enriquecen los eucologios antiguos, e incorporadas a la liturgia de la Misa lo más pronto en el siglo IX.

La primera es todavía un eco y como un comentario de la ceremonia que acaba de desarrollarse, como se ve por su clara alusión al ósculo de la paz: «Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: la paz os doy, os dejo mi paz, no mires mis pecados, sino la fe de tu Iglesia...». Casi todas las oraciones de la Misa se dirigen al Padre; aquí invocamos directamente a Jesucristo. Nada hay en ello que pueda herir nuestros sentimientos religiosos, pero es, sin duda, un indicio del origen tardío de estas fórmulas. La conciencia de la mediación de Cristo era tan fuerte en la primitiva Iglesia, que la oración se hacía siempre a Dios Padre por El: «Per Dominum nostrum». Se le consideraba como el sumo sacerdote, como el pontífice situado entre el mundo pecador y la majestad divina. Dios y hombre al mismo tiempo, uniendo en su persona la naturaleza humana y la naturaleza divina, es el puente, el *pontifex* a través del cual la vida de Dios pasa a los seres humanos, enlazando así el abismo infinito que separa al hombre de Dios. Y en esto la Iglesia no hizo más que seguir aquel consejo del Maestro: «Cualquier cosa que pidiérais al Padre en mi nombre, os la concederá».

SACRIFICIO Y PRESENCIA REAL

Esta misma perspectiva es la que debe orientar nuestra devoción al sacramento de la Eucaristía. La Eucaristía es el alimento del sacrificio, es un medio de unión con Dios. El altar es, por el sacrificio que en él se renueva y re-